



El nuevo presidencialismo mexicano



POR PABLO
CABAÑAS DÍAZ

“El drama de las democracias es que son regímenes que tienen la libertad de destruirse”, escribió el filósofo francés Raymond Aron en *Démocratie et totalitarisme* (Democracia

y totalitarismo).

La frase cobra sentido en el México contemporáneo, donde la política se encuentra en una tensión constante entre la continuidad del obradorismo y la institucionalidad que Claudia Sheinbaum intenta imponer desde el poder presidencial.

La disputa no es sólo interna, sino estructural: expresa la fragilidad de un régimen que se proclama heredero de una transformación moral, pero que debe coexistir con las reglas del mercado y la mirada implacable de Washington.

La escena más reciente de estas tensiones tuvo lugar en el Zócalo capitalino, donde figuras del obradorismo —Adán Augusto López Hernández, Ricardo Monreal y Andy López Beltrán— fueron desplazadas, de manera simbólica, a un segundo plano, esta decisión ha sido leída como el síntoma más visible del nuevo equilibrio político.

No se trata de una ruptura, sino de una recomposición silenciosa.

El obradorismo ha dejado de ser una fraternidad ideológica para convertirse en una red donde la lealtad al líder fundador ya no garantiza la centralidad.

Sheinbaum, sin decirlo, ha comenzado a gobernar en nombre propio.

El núcleo del conflicto no reside en los símbolos, sino en la conducción del poder.

En los pasillos de Palacio Nacional se repite que el verdadero problema no son las ambiciones políticas, sino

las prioridades.

Mientras los viejos aliados de López Obrador se concentran en sus proyectos personales, la presidenta ha hecho de la disciplina fiscal su carta de presentación internacional.

El reciente informe de Fitch Ratings, que elevó la calificación de Pemex y destacó la prudencia macroeconómica del gobierno federal, marca una diferencia crucial respecto al voluntarismo financiero del sexenio anterior.

La austeridad ha mutado en estrategia de credibilidad ante los mercados.

Ese viraje ha generado recelos en el interior del movimiento.

El obradorismo más radical observa con inquietud como Sheinbaum refuerza su interlocución con Washington, asumiendo una política exterior más técnica y menos doctrinaria.

Desde esa perspectiva, los sectores duros perciben un desplazamiento del viejo nacionalismo hacia una nueva racionalidad administrativa. No es que se haya traicionado el legado de López

Obrador, sino que el sistema está transitando hacia una forma inédita de presidencialismo: uno que busca mantener el control político del Estado mientras se adapta a las exigencias globales del capital y la gobernabilidad.

En esta nueva etapa, el liderazgo presidencial no se construye en la plaza pública, sino en el equilibrio entre confianza externa y cohesión interna.

El obradorismo fue, durante seis años, un movimiento de masas; el sheinbaumismo está emergiendo como una forma de tecnocracia política legitimada por la estabilidad.

Los viejos operadores —Adán Augusto, Monreal, Velasco— representan un modelo de poder negociado, mientras que Sheinbaum proyecta un poder regulado por la eficacia.

El retorno eventual de Andrés Manuel López Obrador a la arena pública, impulsado por algunos de sus allegados, podría convertirse en el punto de inflexión de este proceso. La supuesta gira que planea para diciembre, promovida por Andy López Beltrán, podría simbolizar el reencuentro entre la memoria del movimiento y su institucionalización.



Pero también podría abrir una grieta más profunda entre el mito fundador y la realidad gubernamental.

La política mexicana ha conocido muchas metamorfosis del presidencialismo: el autoritario, el tecnocrático, el carismático.

El de hoy se presenta como un presidencialismo de control técnico, que no se impone por el discurso, sino por la gestión.

No busca transformar las estructuras de poder, sino asegurar su continuidad bajo una nueva racionalidad económica y fiscal.

Es una forma sofisticada de centralismo, revestida de transparencia y de datos positivos ante los organismos internacionales.

Como advirtió Arnaldo Córdova en La formación del poder político en México, "el presidencialismo mexicano no es una forma de gobierno, sino un modo de dominación que se reinventa en cada crisis".

En esa observación se condensa la paradoja actual: el régimen no ha cambiado su naturaleza, sólo su lenguaje.

La centralización del poder sigue intacta, pero ahora se justifica en nombre de la estabilidad, la eficiencia y la confianza global.

El nuevo presidencialismo mexicano no es el eco del pasado, sino su sofisticación.

No hay ruptura con el obradorismo, sino una reconfiguración de su legitimidad.

La austeridad se ha transformado en credibilidad, el liderazgo en gestión, la épica en técnica.

Y, sin embargo, bajo esa aparente serenidad institucional, persiste un recordatorio silencioso para los sectores más radicales del movimiento: la política no se sostiene únicamente en la lealtad ni en la devoción, sino en la capacidad de construir resultados tangibles y preservar la estabilidad del Estado.

Quienes ignoren esta transición corren el riesgo de ver como sus ambiciones, si se anteponen a la administración racional del poder, se vuelven irrelevantes frente a la fuerza implecable de la institucionalidad.

La libertad de construir el poder también implica la responsabilidad de no destruirlo.

*pcdmx2025@proton.me

El retorno eventual de Andrés Manuel López Obrador a la arena pública, impulsado por algunos de sus allegados, podría convertirse en el punto de inflexión de este proceso. La supuesta gira que planea para diciembre, promovida por Andy López Beltrán, podría simbolizar el reencuentro entre la memoria del movimiento y su institucionalización



Foto archivo Cuartoscuro